

Capítulo 8

De súbito, veía cómo Alondra irrumpía en su taller y lo amenazaba con una cuchilla, apoyando la punta en su garganta. Sintió una mezcla de sorpresa y desazón, no de miedo, pues creía que ella lo hacía sólo para amedrentarlo. En seguida, Alondra, le susurraba en la oreja, utilizando una voz lúgubre: “Como no quiero ser delatada, debes morir ahora”. Dio un brinco y despertó. Tintín le lamía las manos. Miró la hora en el reloj de pared.

Piano

Casi eran las diez de la mañana. Se levantó urgido para saber de Alondra, pero no permanecía en la cabaña. Ignoraba si aquello constituía la intimidad de su deseo o el inicio del desencanto. Bien podía haberse marchado en la madrugada. En cualquier momento, podía empezar a llover, anuncio marcado en la tibieza de la mañana. ¿Cómo entender a aquella criatura?

En el cielo se allegaban nubes entintadas de azul Prusia y

el viento, salía de su madriguera, encargado de conducir las a destino. Se agitaba el día a la espera de la tormenta. Nunca quieta y entregada a cuidar a su prole. Escondida detrás de la cordillera, desde dónde se cree que mora.

Se puso a registrar el dormitorio de Alondra y notó la ausencia de un morral, donde de seguro, la joven había puesto las prendas que le había obsequiado. Después, revisó una cajita de madera de alcanfor, donde mantenía dinerillo. Se hallaba tan vacía, que faltaban incluso, las monedas de menudo valor. Si un vehículo no la recogía en el camino, dudaba que pudiese llegar lejos.

En tanto iba de un lugar a otro revisando la cabaña, dominado por la pesadumbre que conduce a la desilusión, sintió ladrar a Tintín. Urgido se asomó por la ventana y vio a Alondra frente a la verja de madera, con el morral a la espalda, mientras permanecía cabizbaja. Aquella escena, lo conmovió. La hija pródiga regresaba al hogar, después de años de ausencia. Almorzaron en silencio. Si una mosca hubiese cruzado por ahí, se habría sentido su presencia.

Se observaban como si no se conocieran. Dos extraños obligados a compartir la mesa. Alerta, Tintín miraba al amo, esperando que le lanzara un trozo de carne, pero Javier parecía ignorarlo. Así transcurrió el almuerzo, y al concluir,

Alondra se dirigió al cobertizo a ordeñar a Choque.

El silencio servía de adorno a aquella escena, visitada por el amor a la naturaleza. Acaso el reencuentro al hogar, donde siempre había permanecido desde niña. Un paréntesis de rebeldía, que se ahogaba, no en río Imperial donde pudo morir, sino bajo la lluvia, nunca ausente.

En el patio, Javier se dedicó a trozar la leña. Daba hachazos de violencia, como si deseara convertirla en astillas, antes que regresara la lluvia. Olfateaba su proximidad, escrita en el cielo entintado de azabache. En la pupila del ojo del tiempo. Se enjugaba el rostro con un pañuelo, anudado al cuello y se secaba las manos en el fondillo del pantalón.

Apresurado, recogía la leña al sentir truenos y apilada, la ponía junto al cobertizo. En ese instante, veía a Alondra en el gallinero, dándoles de comer a las aves. La observaba como si recién hubiese aparecido en su cabaña. Su presencia bien podía ser indicio de fatalidad, o a cambio, quien llega a endulzar su vida. ¿De dónde emergían esas disyuntivas?

Ella al inclinarse, giraba la cabeza para escudriñarlo, y al encontrar su mirada envuelta en duda, quería pedir perdón. “No es mi ánimo, y lo juro, dañar tu hospitalidad”, habría querido decir, pero los sollozos en su garganta, le impedían hablar. Articular las deshilvanadas palabras, por prudencia

retenidas. Cada sílaba, dispersa en el lenguaje mudo, semejante a las reflexiones.

Atosigaban sus pensamientos. Después se reunían en la salita a beber té, acompañado de galletas de anís. Alondra tomaba una novela que leía desde el día anterior, y arrebujaada en un chal, se sentaba en un silloncito. Resplandecía a esa perturbada hora.

Se detuvo en una frase que le produjo curiosidad: “Pongo en un platillo de la balanza tu ternura y en el otro, tu odio. ¿Cuál pesa más?” En un momento, quiso comentarla con Javier, sin embargo, al observar que mantenía la expresión de quien permanece ausente, ajeno a la realidad, no se atrevió. Había juzgado una impertinencia hacerlo, pues cualquiera podía estimarlo como burla. Él parecía más pendiente de observar por la ventana el comportamiento de las nubes, a esa hora reunidas sobre sus cabezas.

—Tendremos lluvia en cualquier momento —habló Javier, mientras atizaba el fuego y ponía leña en la estufa.

Alondra levantó la vista del texto y mirando por la ventana, se atrevió a hablar, utilizando una voz aterciopelada, acaso un susurro. ¿O debía mantener el silencio, como indicio de prudencia? Y habló.

—Ojalá, en esta hora aciaga, su visita sea de bondad.

En ese instante, una seguidilla de truenos estremecía el aire e hizo gruñir a Tintín. Los dioses que habitan el cielo, habían decidido arrojar sus flechas y lanzas, sobre la tierra, habitada por los descreídos.

—Mañana, mi amigo Luis Onfrey traerá un trozo de alerce, pues desea que le talle útiles de cocina. A él le divierte manejar si hay tormenta, pues le seduce el peligro.

Y ponía énfasis en esta última palabra y remataba:

—Su actitud me asusta, pero igual admiro su coraje.

Ambos se observaron como si quisieran hablar del tiempo de la hostilidad. Desatar la enredada cabellera de las dudas, escarmenarla con un peine de plata, como indicio de confianza. Abrir cofres, cajuelas de madera de alcanfor, quizá una botella de vino y brindar por la amistad. Beber la intimidad del tiempo, como demostración de amor hacia la naturaleza.